

**150 AÑOS DEL NACIMIENTO DE DON  
MARCO FIDEL SUÁREZ**

## **EL INGRESO DE DON MARCO FIDEL SUÁREZ A LA ACADEMIA DE LA LENGUA EN 1881**

POR  
TERESA MORALES DE GÓMEZ\*

**C**recí oyendo, maravillada, la historia de don Marco Fidel Suárez y de cómo había logrado, gracias a su virtud y su inteligencia, destacarse entre los más claros talentos de su generación. No me cansaba de oír el relato de la tarde en que ganó el concurso organizado por la Academia Colombiana, un premio que lo colocó en el camino del reconocimiento y de la fama. Y, niña aún, sentía un estremecimiento de emoción al imaginarme al joven Marco Fidel accediendo al podio a recibir la distinción.

Dice Marguerite Yourcenar en las notas escritas para sus *Memorias de Adriano*: “Tomar una vida conocida, concluida, fijada por la historia (en la medida en que puede serlo una vida) de modo tal que sea posible abarcar su curva por completo; mas aun, elegir el momento en que el hombre que vivió esa existencia la evalúa, la examina, y es, por un instante capaz de juzgarla”<sup>1</sup>.

Me atrevería a afirmar que si a Suárez se le preguntara en cual instante de su vida se había sentido más cercano a la felicidad y al entusiasmo, y con el cielo más despejado y luminoso, hubiera contestado que la tarde en que fue nombrado miembro de la Academia. Vayamos a ese pasado.

Es una luminosa mañana de 1862, en una aldehuela antioqueña. Un niño se detiene en la puerta de su choza antes de empezar a caminar por la única calle del pueblo. Va descalzo y abrigado tan solo con una ruanita desteñida. Sesenta años más tarde evocará ese instante:

---

\* Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia. Nieta de don Marco Fidel Suárez.

<sup>1</sup> Yourcenar, Marguerite, *Memorias de Adriano*, Suramérica, Buenos Aires, 1955, pp. 242-257. Ediciones Gallimard, 1974, Julio Cortázar, traductor.

Déjeme recordar que en Belvalle cuando iba a ayudar a misa, sentía dulce emoción al mirar al sol oriente que se levantaba en la depresión de Barbosa, enteramente horizontal y correspondiente a la embocadura del Meta en el Orinoco, el día de San Juan en junio, que es casi el solsticio de estío<sup>2</sup>.

Ese niño es Marco Fidel Suárez, hijo de una lavandera. Será académico, canciller y presidente de la República, pero siempre recordará esos días de infancia con amorosa nostalgia. Le pregunta Lorenzo en uno de los *Sueños de Luciano Pulgar*:

—¿Y cómo es el sitio o asiento del pueblo?

—Puede decirse que en un principio fue el valle del Niquía, indiviso entonces, ligeramente inclinado, muy verde y regado en especial por el río de La García, cuyo caudal merece aquel calificativo. Esta corriente tiene de un lado el llano y del otro el pueblo, que es una calle muy larga salpicada de casas, con algunas pocas manzanas en torno del templo. Muchos frutales excelentes, maizales, cañaduzales y platanales muy prósperos, en las tierras prietas de las playas del río Medellín y en las bermejas más elevadas, que recuerdan los terrenos de la cordillera occidental del valle del Cauca, aunque en miniatura<sup>3</sup>.

Esa “calle muy larga” estaba habitada por familias acomodadas, en la parte baja, y en la alta por las más humildes. La calle se dividía en dos para formar una placita cubierta de césped y sombreada por árboles centenarios. Pero aún los “ñoes” de la “calle abajo” no deberían ser muy ricos, puesto que la legislatura del Estado de Antioquia, por medio de una ley expedida el 5 de diciembre de 1857, cuando Marco Fidel tenía dos años, eliminó el Distrito de Hatoviejo y anexó su territorio a Medellín por ser sus rentas muy exiguas y la calidad de vida “muy precaria”.

La choza donde vive Marco Fidel tiene tres habitaciones pequeñas, el piso de tierra y el techo de paja; la comparte con su madre Rosalía Suárez y más tarde con su hermana Soledad.

Por parte de madre su historia es de humildad y de trabajo. Consta que en 1814 vivía en la aldea de San Pedro Cayetano Suárez, quién casó con María de los Ángeles Jaramillo. Al año siguiente nació Pía Suárez Jaramillo, abuela de Marco Fidel. Pía tuvo dos hijas naturales, que se llamaron Dionisia y Rosalía, cuando todavía era muy joven. Años más tarde, ya radicada en

<sup>2</sup> Suárez, Marco Fidel, “El sueño de la Anexión”, *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo VIII, p. 131, Librería Voluntad, Bogotá, 1941.

<sup>3</sup> Suárez, Marco Fidel, “El sueño de mi pueblo”, *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo IX, p. 125, Librería Voluntad, 1941.

Hatoviejo, Pía se casó con Pedro Tamayo. Uno de los hijos de ese matrimonio es el “tío Mauricio” a quien Marco Fidel recordará siempre con cariño y gratitud.

El 23 de abril de 1855 Rosalía tiene un niño hijo de uno de los “ñoes” de la “calle abajo”, el joven José María Barrientos.

Don José María pertenece a una familia cuyo árbol genealógico se remonta a España en el siglo XVI y que ocupa un puesto preeminente en la historia de Antioquia. Entre sus miembros están don Francisco Javier Barrientos, firmante de la Constitución del Estado Soberano de Antioquia en 1812, don Alejandro Vélez Barrientos, gobernador en 1830, y don Joaquín Barrientos y Zelada, patriarca a la antigua usanza, de quién descienden gobernadores, presidentes, ricos ganaderos, industriales y toda esa raza que hizo de Antioquia un ejemplo de laboriosidad y empeño.

Rosalía Suárez trabaja incansablemente. Esa continua actividad la hace semejante a una abejita. Con ese nombre la recordará Marco Fidel en sus *Sueños*. En efecto: Rosalía lava la ropa de los “ñoes” en la quebrada de La García, que corre cerca a su casa, la plancha, la arregla y corre a entregarla calle abajo. Amasa colaciones y dulces que lleva a vender o deja que los niños ofrezcan. Debe trabajar duro pues no tiene el apoyo de un esposo: don José María no ha reconocido a su hijo por no molestar a su legítima esposa, doña Lucrecia Gutiérrez. Estamos a mediados del siglo XIX, las costumbres de la época no permiten que el hijo de una campesina entre a formar parte de una familia tan principal. Ese año de 1862 don José María ha sido nombrado por el Presidente del Estado Soberano de Antioquia, general Marceliano Vélez, como comandante de la guardia municipal de Heliconia. En los *Sueños de Luciano Pulgar*, Marco Fidel Suárez nunca se referirá a su padre, aunque tiene con él relaciones cordiales, establecerá una amable correspondencia y le hará algunos obsequios, que don José María agradecerá efusivamente.

En cambio hablará con amor y ternura de Rosalía:

Aquella persona humilde y adorada de mi corazón, de quién he hablado otras veces, me daba ejemplo de tierna caridad recibiendo al sacerdote, brindándole su pobreza bajo la forma de un limpio refrigerio servido en su porcelana más guardada y lavándole con respeto las ungidas manos. Al despedirse, él le daba palabras de bendición que le habrán servido a ella y que también me habrán servido a mí, peregrino todavía por estas sendas, una de cuyas espinas más agudas han sido los improperios de la locura republicana contra nosotros dos<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Suárez, Marco Fidel, “Un sueño en otro sueño”, *Sueños de Luciano Pulgar*. tomo I, p. 217, Librería Voluntad, Bogotá, 1941.

Rosalía lleva al niño a la antigua iglesia todos los días. Allí se encuentra con el padre Joaquín Tobón, cura párroco de Hatoviejo desde 1833. El padre Tobón había bautizado a Marco Fidel al día siguiente de su nacimiento y lo quiere entrañablemente. Suárez lo recuerda así en el “Sueño del Verano”:

Parece que esto me renueva ciertas especies depositadas entre las neblinas de la memoria y referentes a las explicaciones de historia Sagrada y Eclesiástica que solíamos recibir hace más de medio siglo en el patio del padre Tobón; del señor cura, como le decíamos. Me imagino que lo estoy viendo, tan venerable como un obispo, rezando el Oficio Divino a lo largo del corredor de la casa, que daba sobre la plaza del pueblo, paño de esmeralda bajo el azul de aquel cielo, el cual era quitasol desplegado sobre esa tierra intacta y risueña, antes que el subsuelo bermejo saliese afuera a mancharla con las excavaciones de las obras nuevas.

Apenas divisábamos al señor cura desde la otra esquina de la diagonal de la plaza, nos quitábamos los sombreros y pasábamos silenciosos y recogidos mientras alcanzábamos a verlo.

Los domingos solía ir a visitarlo el doctor Berrío, prócer de la paz y del buen gobierno, quien llegaba montado en una mula alazana o en el caballo mosqueado, soberbios animales. Nosotros criados en sencillez y obediencia, le descalzábamos las espuelas. El doctor y el señor cura conversaban y nosotros oíamos sin que ellos nos ahuyentaran<sup>5</sup>.

Marco Fidel no tiene un padre que vele por él, pero siempre encontrará apoyo y estímulo en los sacerdotes que lo conocen. La figura paterna es reemplazada por hombres de Iglesia, jóvenes y viejos que aprecian su inteligencia y lo llevan a estudiar donde creen que sus facultades serán mejor aprovechadas. Hasta su muerte se sentirá atado con vínculos de gratitud a la Iglesia, que en sus días de infancia, cuando se sentía desprotegido y solitario, le brindó su apoyo.

Ese año de 1862 la escuela está cerrada por falta de maestro. Al año siguiente es nombrado Baltasar Vélez, nueve años mayor que Marco Fidel, quién será siempre amigo y confidente.

La escuela, como todo el pueblo, es muy pobre: por un informe del Jefe Municipal sabemos que asistían 25 niños, pero sólo había 5 mesas, 4 bancas, 56 “cuadros”, 1 silla y 2 aritméticas.

Los biógrafos de Suárez hablan de la humildad de su origen, de su triste infancia y de su pobreza; pero los recuerdos de su niñez son alegres y tierna-

<sup>5</sup> Suárez, Marco Fidel, “El sueño del verano”, *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo IV, p. 219, Librería Voluntad, Bogotá, 1941.

mente nostálgicos y siempre habla de los niños compañeros de escuela como de sus iguales. Parecería que en un pequeño pueblito antioqueño de mediados del siglo XIX, cuya escuela sólo poseía una silla, todos los niños deberían ser igualmente necesitados.

A mediados de 1866, a los 11 años, Marco Fidel se va para Fredonia con el padre Joaquín Bustamante para entrar al colegio del padre Marco Aurelio Restrepo donde se desempeña como pasante. Al año siguiente vuelve a Hatoviejo, pero no dura allí mucho tiempo: en 1868 va a La Ceja, al colegio de la Santísima Trinidad, fundado por el padre José Joaquín Isaza y dirigido por el padre Sebastián Emigdio Restrepo. Allí estudia aritmética, teneduría de libros, religión y castellano; Historia Sagrada y urbanidad. Todos sus profesores se admiran de su seriedad, de su memoria prodigiosa, de su inteligencia y su conducta irreprochable. Todavía se conserva un ejemplar de la *Memoria científica sobre el cultivo del maíz*, del poeta Gregorio Gutiérrez González que le fue obsequiado por el padre Vélez. Dice así la dedicatoria:

A mi querido y virtuoso discípulo Marco Fidel Suárez. Un recuerdo de cordial estimación i un premio debido a su talento modesto, a su amor por el estudio i a sus virtudes. Débil obsequio de su maestro y estimador. Baltasar Vélez V. La Ceja, 26 de octubre de 1868.

El niño atraviesa la plaza verde y soleada y se dirige a la Iglesia a ayudar a misa. Recordará más tarde:

A mí me gustaba mucho servir como acólito en las funciones eclesiásticas, oyendo el armonium, respirando el incienso, contemplando la iluminación y las flores del altar, admirando los ornamentos y las joyas que brillan en las festividades sagradas.

Hay que imaginárselo postrado a los pies del altar, extasiado ante la belleza que transporta todos sus sentidos: la música celestial y el olor de la cera y del incienso; deslumbrado por las luces, las joyas, los ornamentos bordados con hilos de oro y por las flores, que le parecerían espléndidas. Debía imaginar que así era el cielo.

En 1869, cuando Marco Fidel tiene 14 años, el padre José Joaquín Isaza lo acepta como becario en el Seminario de Medellín. El padre Isaza lo había conocido en Hatoviejo y había quedado muy impresionado por la seriedad, el silencio y la inteligencia del muchacho.

El primer local que ocupó el seminario estaba en la calle Pichincha. De ahí se trasladó a una casa nueva de dos pisos, que estaba situada en Palacé,

entre las calles Caracas y Perú. Se formaron allí sacerdotes y seglares eminentes que brillaron después en la carrera eclesiástica y civil.

Entre sus compañeros, Marco Fidel no olvida a Juan Esteban Zamorra “cuyos talentos de matemático y jurisconsulto se asomaron brillantes entre el carbón que acarreaba al Seminario, para ser después lumbrera del Foro”. Y protagonista de un episodio que más adelante se le adjudicó a él mismo:

Zamorra llevaba carbón al Seminario siendo niño y enseguida se colocaba al lado de la puerta del aula a oír la lección de matemáticas que daba el señor obispo, sin que este lo viese; un día ningún alumno pudo resolver el punto en cuestión y entonces Juan Esteban, no pudiendo contenerse, lo resolvió en alta voz; salieron a ver quién era el feliz entrometido, pero ya había volado; halláronlo por fin y desde entonces empezaron sus estudios en Antioquia y luego en Bogotá y después su carrera brillante y quebradiza.

El aspirante a ingresar al Seminario debía dirigir una carta al Rector solicitando ser admitido. Marco Fidel la envía en los primeros días de enero de 1869. Dice:

Al Venerable Señor Rector del Seminario Conciliar de la Diócesis.  
Provisor y Vicario Jeneral del Obispado.  
Dean de la Iglesia Catedral del mismo:

Deseando yo, desde mi más tierna edad seguir la carrera sacerdotal i, como para llenar este designio se requiere como un requisito indispensable el ser alumno del Seminario y siendo Usía Ilustrísima el principal director de este distinguido plantel, le suplico, con el mas profundo respeto, se digne admitirme en dicho establecimiento como alumno externo de él.

Si U. tiene la bondad de dispensarme este favor, le quedaré eterna e infinitamente reconocido.

Al muy respetable Señor Doctor José Joaquín Isaza.

Me suscribo de U. su affmo. y obsecuente servidor.

Marco Fidel Suárez<sup>6</sup>.

Otro requisito era la presentación de dos recomendaciones. Marco Fidel presentó una firmada por el padre Joaquín Tobón, quién vivía en Hatoviejo sin ningún cargo, después de haber renunciado a una canonjía en la catedral

<sup>6</sup> Sánchez Camacho, Jorge, *Marco Fidel Suárez, Biografía*, Imprenta del departamento, Bucaramanga, 1955, p. 25.



Marco Fidel Suárez. Fotografía de Julio Racines, tomada hacia 1887.

de Medellín y otra por el padre Joaquín Bustamente, cura párroco del pueblito. Ambas fechadas el 4 de febrero de 1869. Pero, curiosamente, la matrícula es del 3.

Es importantísima la afirmación del joven aspirante a seminarista de que desde su “más tierna edad” ha querido seguir la carrera sacerdotal. Todas sus aspiraciones, sus estudios y sus ilusiones están ancladas en la idea de servir a Dios. Todo el misticismo ingenuo de su infancia se va a concretar ahora en estudios que apuntan, casi sin excepción, a su futuro sacerdocio. Sus mentores debían saber de esta ardiente vocación, por lo tanto llama la atención que solamente el padre Tobón, que lo conocía desde la cuna, pronosticara para él una carrera literaria, vaticinio que finalmente, salió verdadero. Por las palabras de los sacerdotes que lo recomiendan nos formamos la idea de un joven estudioso y serio, con una cualidad que lo va a acompañar toda la vida y que no es la más adecuada para un político: la humildad.

El reglamento del Seminario constaba de 17 capítulos y establecía un régimen de vida verdaderamente espartano, dedicado exclusivamente al estudio y a la oración y carente de cualquier frivolidad y ligereza.

Marco Fidel es alumno del Seminario desde 1869 hasta 1876. Casi 8 años, definitivos en la formación de una personalidad. Estudia matemáticas, historia, geografía, algo de francés, latín, teología dogmática y moral, sagradas escrituras, derecho canónico y filosofía en todos sus aspectos. Más de la mitad de las asignaturas son de carácter religioso y en realidad demasiado serias para su edad. Pero son necesarias para su formación doctrinal.

Ya para la segunda mitad de 1871 es nombrado catedrático. Lo sabemos porque su firma aparece en las actas de los exámenes, pero no se sabe cuáles eran las asignaturas a su cargo, los detalles del nombramiento, si eran ad honorem o si una vez más era una ayuda económica de los superiores para que el joven tuviera algún dinero.

Año de 1873. Tiene 18 años. Ya es un hombre. Al otro día de matricularse es nombrado profesor de matemáticas y caligrafía, con un sueldo de 12 fuertes.

Clases, estudio, oración. Pero, ¿qué era de su interior? No tenemos muchos datos. Las notas de los exámenes siempre las mejores y las máximas. Lento ascender académico. Habría que pensar si no fue una suerte el que no se hubiera hecho sacerdote... Habría sido un señor obispo, con un pequeño poder, escribiendo sermones. Quizás más feliz.

Ya en su último año en el seminario, Marco Fidel se matricula solamente en derecho canónico y en teología dogmática. Ha pasado toda su adolescen-

cia encerrado con sus libros. Con travesuras, claro está, con bromas entre los compañeros, con paseos al río. Ha sido feliz pues está en su elemento: los libros y los documentos viejos para archivar y ordenar. Todavía conserva la ilusión de ser sacerdote. Tiene veinte años.

Se ha dicho que Marco Fidel mismo renunció a ser sacerdote porque no se sentía digno de “tan alta investidura”. Se ha dicho también que no fue aceptado por su nacimiento irregular. Esta parece ser la verdad. Debemos recordar que en la solicitud para entrar al seminario justifica su pedido diciendo que “desde su más tierna infancia” ha querido ser sacerdote pero sabía que el hecho de ser hijo natural lo hacía inaceptable. Quizás se tramitó la dispensa, pero la respuesta debió ser negativa.

Al terminar sus estudios Marco Fidel mira a su alrededor. Hay que enfrentarse a la vida, ¿qué hacer? Aún no ha recibido respuesta de su solicitud de ser ordenado sacerdote. Vacila entre ser maestro o minero, según refiere en el “Sueño de los Refranes”, pero se decide por la docencia y a mediados de agosto de 1876 se emplea como director interino de la escuelita de Hatoviejo.

A mediados de 1877 escribe a su antiguo benefactor, el padre Sebastián Emigdio Restrepo:

Mi respetado señor:

Necesito hacer al señor Obispo una consulta; pero a causa de serme tan difícil comunicarme con él se la hago a Ud. y su resolución me satisfará tanto como la que él me diera.

Es el caso que los vecinos de este pueblo han hecho una solicitud al director de Instrucción Pública del Estado, en que piden se me nombre director de la escuela de aquí; ¿i qué debo hacer yo, caso de que se me haga dicho nombramiento? ¿Acepto o no acepto?

Esta es la pregunta que le presento y que aguardo de su bondad se digne contestar, siquiera sea por medio de un sí o un no.

Hágame el favor de decirme igualmente qué esperanza puedo tener acerca del seminario. Dispense la molestia que le ocasiona su agradecido y afectísimo discípulo<sup>7</sup>.

Esta carta, que se encuentra en el Archivo de la curia de Medellín, es muy reveladora. En primer término porque está fechada el día 14 de agosto de 1877 y el nombramiento se había producido el día 13. Marco Fidel se había

<sup>7</sup> Archivo de la Curia, Medellín.

posesionado el mismo día 14. Entonces, ¿por qué consulta a su antiguo maestro y amigo? Se puede pensar que la carta era sólo un pretexto para preguntar si “podía tener esperanza acerca del seminario”. ¿Esperaba todavía la dispensa para ser sacerdote? No tenemos respuesta.

Trabajó hasta terminar el año 1877 y con intervalos de algunos meses en los cuales debió retirarse por problemas de salud, dedicó sus energías a la formación de los niños de Hatoviejo.

El informe de un visitador escolar en 1878 describe así la escuela: “es de tapia muy espaciosa, situada en la parte occidental de la plaza i pertenece al Distrito de Medellín”<sup>8</sup>. A ella concurrían 84 niños que estudiaban lectura, escritura, aritmética, religión y zoología. El mobiliario constaba de 12 bancos, 11 mesas, 1 tablero, 48 pizarras y 100 gises. Además 16 aritméticas, 23 gramáticas y una botella de tinta.

No debe asombrarnos el saber que cuando se declara la guerra civil en el Estado Soberano de Antioquia, el joven maestro líe sus bártulos, abandone las pizarras, los gises y la botella de tinta y se aliste en el ejército como soldado raso.

Al salir de su mundo, aunque fuera el sencillo mundo de un maestro de escuela rural, tiene que tomar partido por sus principios que se veían amenazados. Por esta razón cuando se le viene encima la realidad, hasta entonces solamente sospechada, se va a la guerra sin vacilación. Es una guerrita corta, pues no dura sino dos meses, pero con su participación en ella paga la cuota de colombiano revolucionario del siglo XIX. Esta aventura marca en su vida una ruptura definitiva. Desamarra las ataduras campesinas y decide alistarse en las “montoneras” revolucionarias.

Él mismo nos cuenta:

Hostigada Antioquia con el régimen de opresión, se lanzó a la malhadada revolución militar de 25 de enero de 1879, pensando que se repetirían los prodigios de Yarumal y Cascajo, confiando en pérfidas promesas, creyendo en ambiciosos planes y aguardando encontrar en el Capitolio Nacional siquiera la intermitente equidad y a veces elevada política del doctor Murillo Toro. Todo fue un sueño. Armados de palos y escopetas, esperando los de fuera en la toma por sorpresa de la capital y los de la capital en grandes ejércitos de fuera, se presentaron en grupos casi inermes a la crueldad del general Rengifo<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Sánchez Camacho, Jorge, *Marco Fidel Suárez. Biografía*, Imprenta del departamento, Bucaramanga, 1955.

<sup>9</sup> Suárez, Marco Fidel, “El sueño del padre Nilo”, *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo XII.

Quien después de la derrota de los revolucionarios recorrió triunfante el norte de Antioquia y al llegar a Medellín declaró que entregaría “al escarnio de la sociedad y al castigo de la justicia a los que hacen las revoluciones y llevan a los pueblos a la matanza”.

El general Rengifo ordena que se “suspendan todos los directores de escuelas elementales que no sean liberales y decididos sostenedores del gobierno i que si no hai personas de esas condiciones con quienes reemplazarlos, haga cerrar las escuelas e inventariar sus útiles y muebles”.

Los sacerdotes deciden entonces abrir escuelas parroquiales y así el padre Nilo Hincapié funda una que será dirigida por el padre Baltasar Vélez. Allí Marco Fidel dicta algunas clases durante el resto del año de 1879 y colabora en la escuela de niñas, como él mismo cuenta:

Recuerdo a don Tristán Sosa, padre de uno de nuestros mejores amigos y al doctor Gonzalo Correa, abnegado y buen patriota, que eran consejeros del colegio... y no consejero sino numen de protección era el doctor Manuel Uribe Ángel, la figura acaso más atractiva de Antioquia moderna, por los destellos de su cultura, beneficencia y espíritu público que sirven de marco a su sabiduría profesional y a su bella literatura. Recuerdo también al joven Rafael Heredia, muy bueno conmigo así como a Félix Antonio Calle, mi compañero asiduo en el estudio de la Gramática de Bello<sup>10</sup>.

Dos recuerdos vienen a la mente de Suárez: la de su benefactor Uribe Ángel, quien lo estimulaba facilitándole los libros de su extensa biblioteca, dándole consejo y animándolo para que aprovechara los grandes talentos que le reconocía, y el de Félix Antonio Calle. Este nos llama la atención porque está asociado a la Gramática de Bello. No era pues nuevo el interés por las doctrinas gramaticales del sabio venezolano. Vemos que lo estudiaba ya desde Envigado. Un año más tarde ese trabajo cambiará de una vez y para siempre el panorama de su vida.

Su vocación religiosa se ha frustrado por circunstancias que no puede controlar, pero obediente a la decisión inapelable de la Iglesia, se consuela pensando que podrá servir a Dios en otros campos y acepta su destino.

Estimulado por su amigo Baltasar Vélez y empujado por su sangre tras-humante decide probar fortuna en Bogotá. Recuerda a su antiguo profesor en el Seminario, el eminente gramático sonsoneño don Emiliano Isaza quien le había enseñado francés y castellano en los años de 1869 a 1872. Don

<sup>10</sup> Suárez, Marco Fidel, “El sueño de las alas”. *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo XII, pp. 389-390.

Emiliano había colaborado en el *Repertorio Colombiano*, periódico dirigido por don Carlos Martínez Silva. Había viajado a Bogotá en 1876 a causa de la situación política en Antioquia y en ese momento enseñaba en el Colegio del Espíritu Santo, que regentaba el mismo Martínez Silva. Así pues, Marco Fidel escribe a su antiguo profesor:

Muy querido y recordado Señor

Lo saludo y le deseo bienestar.

Hace tiempo que deseo hacerle una súplica y la pena que siento al ocasionarle una molestia me ha detenido. Pero acordándome de cuan bueno ha sido Ud., cobro ánimos y me resuelvo. A consecuencia de la última guerra hube de permanecer oculto hasta el mes de junio por estar de maestro de escuela cuando empezó la revolución en la que tomé parte como soldado. Me siguieron causa y ésta, gracias a Dios, ningún mérito prestó. Quedé sin destino y en vano he probado hallarlo es estos meses. Usted comprende lo difícil de la situación en Antioquia para los que están en circunstancias como las mías.

Aunque reputo sumamente difícil, si no imposible hallar una colocacioncita para mí en Bogotá, me atrevo a consultar esto con Ud. ¿Cree Ud. que puedo yo encontrar un destino al alcance de mis fuerzas, de escribiente, por ejemplo y que me dejara tal subsistencia y algún tiempo para estudiar?

Ojalá se digne resolverme la consulta y ojalá me hiciera el bien de trabajar en este sentido. Deseo vehementemente estudiar y concluir alguna carrera; cierto que ya mi edad está avanzada para emprender estudios, pues tengo más de veinticuatro años, pero yo creo que nunca es tarde para estudiar.

Esto, sabrá Ud., sigue como al principio. No se si será así por los siglos de los siglos.

Reciba la expresión de mi afecto y los votos por su felicidad. Su afectísimo, agradecido servidor

Marco Fidel Suárez

Hatoviejo, 14 de enero de 1880<sup>11</sup>.

Este viaje significa dejar solas a Rosalía y a Solita. Pero sabe que el padre Vélez cuidará de ellas. Sabe también que sería un error no intentar la conquista de la capital. Esperanzado, confiado, recoge sus libros, único capital y emprende camino.

<sup>11</sup> Saldarriaga Betancourt, *De cima a cima*, Medellín, Imprenta departamental, Biblioteca de autores antioqueños.

Mucho se ha especulado sobre las circunstancias de ese viaje. Entre las muchas leyendas que se han tejido sobre su pobreza se ha dicho que lo hizo a pie; otros más radicales lo hacen marchar descalzo... hay cierta satisfacción en mostrarlo desvalido y paupérrimo, quizás para que la ascensión al poder sea más dramática y el ejemplo más conmovedor.

Sabemos que el 6 de julio de 1880 inició su viaje:

Salí de Medellín buscando la única vía transitable que era la del sur de Antioquia. Aquí, (en Aguadas) con los pocos fondos de que disponía alquilé un caballito para seguir a Honda transmontando la cordillera central de los Andes. Era él de tan pocas fuerzas y malos pasos que a la más leve pendiente o tortuoso recodo, tenía yo que echar pie a tierra y caminar horas seguidas cabestreándolo. En esa situación fui alcanzado por un señor maduro, vigoroso y festivo, quien sin saludos de preámbulo me preguntó para dónde iba. Apenas le informé que para Bogotá, soltó a reír, burlándose de mi rocín, mandó a sus peones que arrimaran una de las mulas de la partida, la ensilló con mis pobres aperos y me ordenó que montara.

“Pero señor –le dije con muchas protestas de agradecimiento–, si mi caballo, no afanándolo me lleva a Fresno y mi bolsa está exhausta para abonar otro arrendamiento...”. “¿Quién habla de arrendamiento?, me repuso, “este animal se te muere en el camino y tú tampoco llevas trazas de judío errante. Sube aprisa y toma este fusil, para que lo lleves en la cabeza de la silla”. Se despidió ordenándome que entregara la mula a su agente en Honda y dijo que se llamaba Pantaleón González. Mi afecto por este patriarca no ha tenido límites y me entristece no encontrarlo entre los vivos para estrechar la mano del hombre a quien Manizales venera como el primero de sus benefactores<sup>12</sup>.

Dicen los cronistas que en Honda encontró un telegrama de don Pantaleón en el que le decía que podía vender la mula y disponer de esos dineros para instalarse en Bogotá.

Al llegar al Alto de la Mona detiene su cabalgadura, respira hondo sobrecogida el alma por la belleza del espectáculo que se extiende a sus pies: las montañas azules, el río de la patria, refulgente. De pronto, un escalofrío; recuerda el clima celestial de Hatoviejo y se arrebujaba un poco más en su capote. Echa a andar meditando. Atraviesa la sabana inmensa. A lo lejos los montes de Monserrate y Guadalupe cierran el horizonte. Su mulita empieza a caminar con más sosiego. Marco Fidel contempla todos los tonos de verde

12 Suárez, Marco Fidel. “El sueño de la gratitud”, *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo II, p. 199, Librería Voluntad, 1941.

que le refrescan el alma. Un portalón solemne se yergue en medio de los trozos de tapia pisada, que debieran encerrar un lujoso jardín y que se abren, en cambio, a un camino de tierra.

El viajero llega en una mañana de agosto. El frío que atemoriza a los provincianos recién llegados, se hace aun más áspero. La bruma matinal se levanta sobre las praderas verdes y amarillas. ¿Cómo será la gente? ¿Podrá abrirse campo? ¿Encontrará trabajo? De nuevo se preocupa por su pobreza, por su propia figura, pero es un muchacho fuerte, joven, bien parecido, con su piel blanca y sus ojos negros vivos y penetrantes. Saldrá adelante, confiando en Dios.

Se presenta en el Colegio del Espíritu Santo con sus cartas de recomendación y sus notas del Seminario. Esos documentos y su porte sencillo convencen a los directores, que lo reciben inmediatamente. Así fue como dos días después de su llegada entra en uno de los planteles más acreditados del país.

El Instituto daba a la calle trece o Avenida de las Estatuas, cerca de la pila chiquita, como se llamaba entonces una fuente, con su pilón y cuenca de piedra, destinada a abrevadero público.

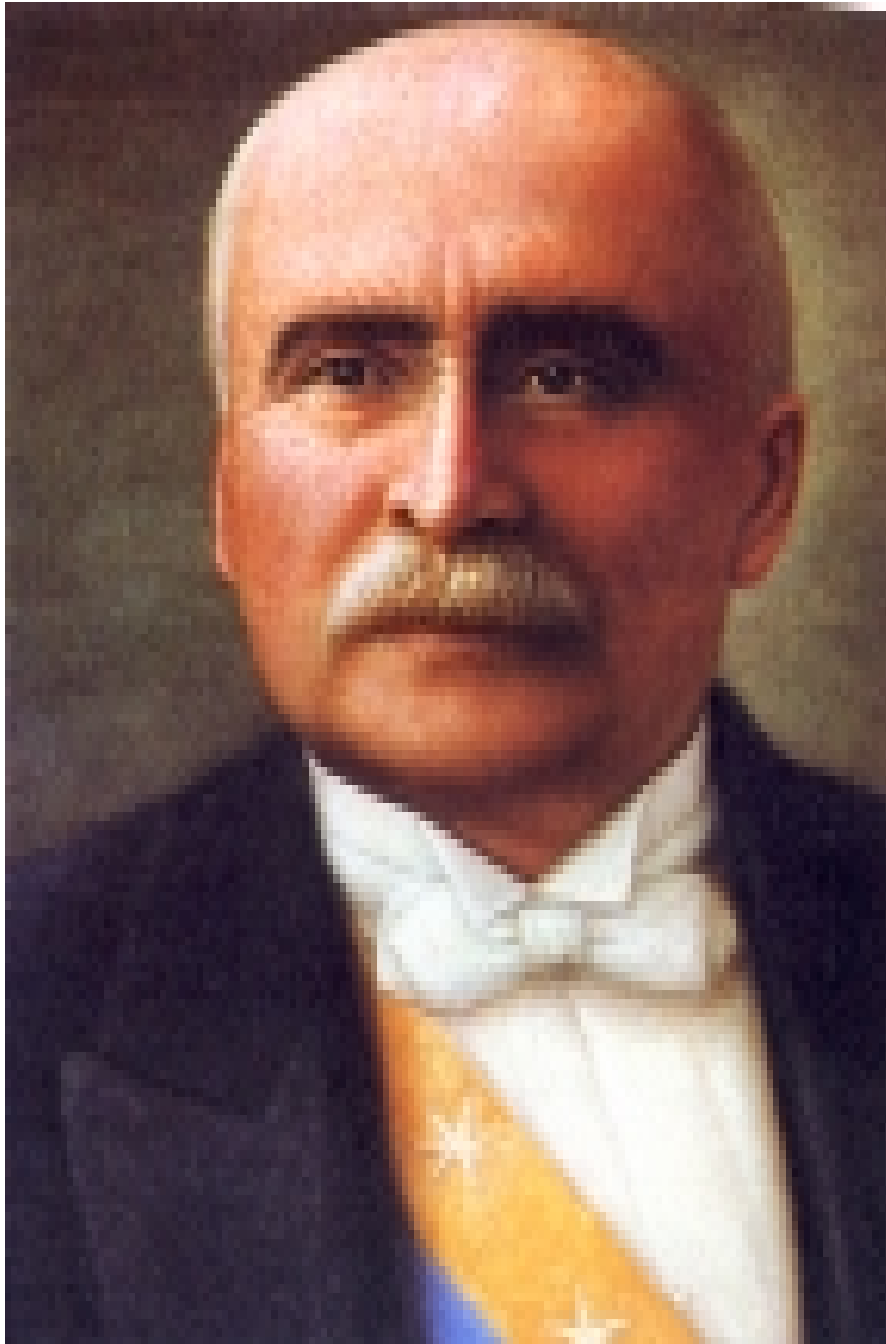
El colegio, acreditado entonces en toda la nación, contaba con un grupo de profesores de la más alta calidad; patriotas y políticos que trabajaban por la formación de la juventud, hasta entonces obsesionada por las guerras civiles y las pugnas partidistas. Suárez menciona a Miguel Antonio Caro, a Santiago Pérez, a Juan Antonio Pardo, a Aníbal Galindo, a Clímaco Calderón y a muchos otros.

Ese mismo año Marco Fidel empieza, él mismo, a dictar clases. Entre sus discípulos están José Vicente Concha y Miguel Abadía Méndez. Se tropezará con ellos en el camino de la vida, y no siempre serán sus partidarios.

No tenemos una crónica personal de sus primeros días en Bogotá, pero dejando leyendas aparte (el estudiante que hereda los trajes viejos de sus compañeros, el empleado que va a trabajar sin haber desayunado), creemos que debieron ser de deslumbramiento y expectativa.

¿Cómo era Bogotá en 1880? Sin duda una ciudad de contrastes: a la oscuridad de las calles, los montones de desperdicios frente a las casas, a las condiciones higiénicas que ocasionaban epidemias de tifo y disentería, a la falta de agua corriente, es decir, a la precariedad de la vida cotidiana, se oponía una riquísima vida cultural y, más específicamente, literaria.

La ciudad tenía cerca de 85.000 habitantes, sus límites no habían variado demasiado después de la colonia. Los barrios principales seguían siendo el



Don Marco Fidel Suárez. Museo Nacional, Bogotá.

de la catedral, las Nieves donde vivían los artesanos, Santa Bárbara y san Victorino, por donde entraba el camino de occidente.

El recién llegado encontraba una plaza principal y calles reales empedradas; viejas y hermosas iglesias: Santo Domingo, San Francisco, la Capilla del Sagrario; algunos colegios notables: San Bartolomé, Santo Tomás y El Espíritu Santo, y dos o tres librerías.

Dice Don Marco en el “Sueño del señor Pombo”:

Felices tardes y afortunadas mañanas en que el inspirado vate daba contento a sus cofrades, ahí en la calle de la Librería Americana, cuando esa calle podía andarse sin peligro de estrépitos y carruajes, en el reposo de las letras y de los sosegados diálogos bajo las inspiraciones de la Academia y del Repertorio Colombiano<sup>13</sup>.

Los intelectuales bogotanos eran de una cultura y un refinamiento inusitados, que sorprendían a los visitantes extranjeros. La Biblioteca Nacional, que había conservado los libros de los jesuitas, tenía cerca de 20.000 volúmenes. Se publicaban muchísimos periódicos, algunos de corta vida, pero que atestiguaban la inquietud intelectual de los bogotanos. Notable era el *Papel Periódico Ilustrado*, publicado por Alberto Urdaneta, que era una verdadera joya de erudición y buen gusto.

La influencia del romanticismo europeo era notable en la política y en general en todos los movimientos culturales, pero sobre todo en literatura donde su presencia era muy vistosa: los escritores y poetas de la época se nutrían de las lecturas de Victor Hugo, Lamartine, Eugenio Sué y Chateaubriand; pero también de los españoles Mariano José de Larra, el Duque de Rivas y Espronceda. “Que leían llorando”, como dice el doctor Luis López de Mesa.

Se discuten apasionadamente temas de filología y gramática, se habla en latín sin dificultad, se versifica con una facilidad asombrosa, y poetas románticos como Diego Fallon y Rafael Pombo mantienen a sus conciudadanos en perpetua admiración. Don José Manuel Marroquín escribe *La Perrilla* y el *Tratado de Ortografía* que todavía se usa; don José María Samper escribe teatro, historia, recuerdos de viajes y política.

Al lado de los movimientos poéticos florecen los humanistas, cuyos grandes exponentes son don Miguel Antonio Caro, traductor de Virgilio, y don Rufino José Cuervo, quién en 1881 publica la tercera edición de sus *Apun-*

<sup>13</sup> Suárez, Marco Fidel. “El sueño del señor Pombo”, *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo ix, p. 140, Librería Voluntad, 1941.

*taciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, obra monumental. Ezequiel Uricochea, que había sido profesor de gramática árabe en la Universidad de Bruselas, escribe sobre el vocabulario y la gramática chibchas.

El joven antioqueño había dicho:

les contaré que cuando vine a Bogotá, mucho antes de llegar al medio del camino de mi vida, me poseía durante varios meses el deseo de conocer a personas muy famosas u a objetos célebres que había oído encarecer en mi tierra. Entre las personas estaban, por ejemplo, el señor Caro, el señor Cuervo y el doctor Felipe Zapata, por lo chiquito y por lo grande, entre los objetos, la estatua de Tenerani y el salto de Tequendama...<sup>14</sup>.

El llegar a Bogotá y encontrarse con sus paradigmas debió ser definitivo.

En la Reseña de la Academia Colombiana de la Lengua de don Eduardo Guzmán Esponda publicada en 1973 al cumplirse el centenario de su fundación, se recuerda que el día 10 de mayo de 1871 el señor José María Vergara y Vergara se reunió con los señores Miguel Antonio Caro y don José Manuel Marroquín, en junta preparatoria para echar los fundamentos de la Academia. Vergara fue designado presidente de la junta, Marroquín secretario y Caro censor. Se nombraron 12 individuos en recuerdo de las doce primeras chozas levantadas por los conquistadores españoles como principio de la ciudad de Bogotá. Dice el Dr. Guzmán:

Todos los nombrados eran personalidades de primer orden en el campo de la filología, de la literatura, de la educación, de la elocuencia o de la política, pues el espíritu de la Academia es reunir personas representativas de las actividades literarias, lingüísticas, científicas, políticas o artísticas de la nación, siempre que se hayan distinguido en el buen manejo del idioma.

En junio de 1881 se entera Marco Fidel del concurso que, con motivo del centenario de don Andrés Bello el próximo 29 de noviembre, ha promovido la Academia Colombiana y decide tomar parte. Ha trabajado en la gramática de Bello desde sus días del seminario y el tema lo apasiona.

Para entrar a concursar la Academia ofrece como temas un elogio de don Andrés Bello, un estudio crítico de su obra o un ensayo científico o literario relativo a cualquiera de sus trabajos. El autor de la obra premiada recibirá un diploma de miembro correspondiente, un ejemplar de la edición que actualmente se está haciendo en Madrid de las poesías de Bello y 300 ejemplares de la obra premiada, que la Academia imprimirá a sus expensas.

<sup>14</sup> Suárez, Marco Fidel, "El sueño del campanero", *Sueños de Luciano Pulgar*, tomo VII, p. 152, Librería Voluntad, 1941.

Por fin llega el día, reunida la Academia para su celebración. ¿Qué sentiría el joven Marco Fidel, sentado entre el público en ocasión tan solemne, en el hermoso Salón de Grados, en medio de todos los grandes intelectuales de su época? ¿Cómo latiría su corazón esperando que se iniciara el acto académico para el cual se había preparado tanto?

En el *Anuario de la Academia* está reseñada esta tarde inolvidable. Dice así:

El local estaba rica y artísticamente adornado. Sobre un excelente retrato del gran poeta y publicista, formaban dosel las banderas de las tres repúblicas que compusieron la antigua Colombia, patria de Bello, entrelazadas con la de Chile, patria de sus hijos y de entre ellas se alzaba la bandera española, en memoria de la madre común, en recuerdo también de la Academia de la Lengua, que honró a Bello y de la cual forma parte su correspondiente la colombiana y como símbolo, en fin, de la unidad de nuestra raza y civilización y de la reciente cordial reconciliación oficial de España y Colombia<sup>15</sup>.

Cuando los miembros de la comisión informaron que dos composiciones eran acreedoras del premio, el corazón de Suárez debió detenerse; volvió a la calma al saber que había sido dividido en dos. Todavía había una esperanza. Y debió saltar de nuevo al oír que se confería el título de Académico al autor del ensayo que principiaba “Cuando los modernos idiomas de Europa” y que estaba firmado con las letras WZK. Era el suyo.

Continúa el informe:

El señor don Rafael Carrasquilla leyó una muestra del primer trabajo que sorprendió a todos por la erudición que descubre su autor y la galanura del lenguaje.

Grande ansiedad dominaba a todos los espíritus por conocer los nombres de los vencedores en la lisa literaria y el señor Marroquín escogió a los señores Martínez Silva y De Guzmán para poner en manos de dos señoras los pliegos cerrados con el fin de que abiertos por ellas, el premio quedara adjudicado.

El señor De Guzmán proclamó el nombre del señor Marco Fidel Suárez como autor de la primera composición y el señor Martínez Silva el del señor Lorenzo Marroquín como autor de la segunda.

Muy pocos de los concurrentes conocían al señor Suárez y todas las miradas buscaban inútilmente al afortunado vencedor

<sup>15</sup> *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo I, 1874-1910, Bogotá, Imprenta Nacional, 1935.

hasta que éste, obedeciendo al llamado del señor Marroquín, bajó de la galería de la izquierda, entre una salva de aplausos y subió al estrado a recibir el diploma que acreditaba haberse hecho él acreedor del premio. A las palabras que, al entregárselo le dirigió el Director, al joven Suárez, con una modestia sin afectación contestó “Recibo este diploma no como un premio sino como un estímulo para hacerme digno de él”<sup>16</sup>.

Don Antonio Gómez Restrepo recuerda esos momentos en el Prólogo a la *Selección de Escritos de Marco Fidel Suárez*:

Presentose Marco Fidel Suárez, modesto pero sereno a recibir el título de académico correspondiente y el ilustrado concurso supo que aquel jovencillo había sido capaz de analizar la gramática de Bello a la luz de los últimos adelantos filológicos y había escrito no una tesis, sino un libro que es indispensable complemento de la obra fundamental del sabio venezolano. Desde aquella noche memorable el señor Suárez quedó consagrado como un maestro en literatura; reputación que se fue afirmando de día en día hasta hacer de él la figura procerca que la nación respeta y admira<sup>17</sup>.

Hacía poco más de una año que el “jovencillo” había llegado a Bogotá. Su nombre estaba consagrado. El joven antioqueño, ahora académico, había conquistado a la lejana y brumosa ciudad de sus sueños.

Le faltaban todavía por vivir triunfos y amarguras. Tendría todos los honores y conocería también la deshonra, como él mismo dice tan bellamente. Pero no cabe duda de que ese momento único iluminará para siempre el largo y tortuoso camino de su vida.

---

<sup>16</sup> *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo 1, 1874-1910, Bogotá.

<sup>17</sup> Gómez Restrepo, Antonio, *Selección de escritos de Marco Fidel Suárez*, Bogotá, Librería Voluntad, 1942, pp. 350-351.